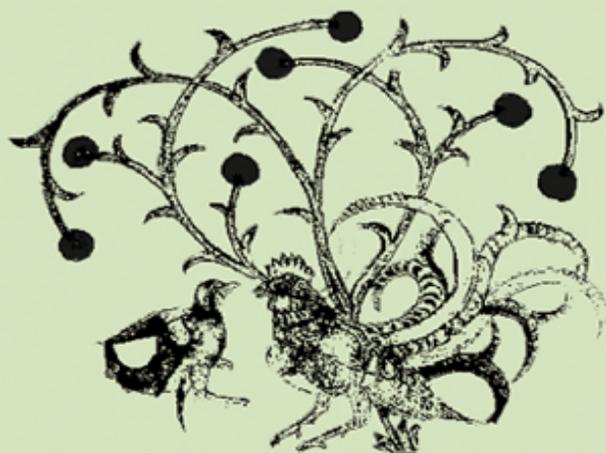


# Las invenciones de mi alegría

*Educación, escritura y lectura – Entrevistas*

**JORGE ALBERTO NARANJO MESA**



Editorial  
**EAFIT**

Biblioteca  
JORGE ALBERTO NARANJO M.



# *Las invenciones de mi alegría*

*Educación, escritura y lectura – Entrevistas*

**JORGE ALBERTO NARANJO MESA**

NICOLÁS NARANJO BOZA  
PRESENTACIÓN Y COMPILACIÓN



CLAUDIA IVONNE GIRALDO  
COORDINACIÓN EDITORIAL

Naranjo Mesa, Jorge Alberto, 1949-2019

Las invenciones de mi alegría: educación, escritura y lectura - entrevistas / Jorge Alberto Naranjo; presentación y compilación Nicolás Naranjo Boza. -- Medellín: Editorial EAFIT, 2019

360 p.; 21 cm. -- (Biblioteca Jorge Alberto Naranjo M.)

ISBN 978-958-720-598-5

1. Ensayo colombiano. 2. Naranjo, Jorge Alberto, 1949-2019 - Entrevistas. 3. Educación. 4. Lectura. 5. Escritura. I. Naranjo Boza, Nicolás, comp. II. Tít. III. Serie

C864 cd 23 ed.

N218

Universidad EAFIT - Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

## *Las invenciones de mi alegría*

Biblioteca Jorge Alberto Naranjo M.

Primera edición: septiembre de 2019

© Herederos Jorge Alberto Naranjo Mesa

© Del prólogo, Nicolás Naranjo Boza

© De esta edición, Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 sur - 50

Tel.: 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: [fonedit@eafit.edu.co](mailto:fonedit@eafit.edu.co)

ISBN: 978-958-720-598-5

Coordinación editorial: Claudia Ivonne Giraldo

Edición: Juan Felipe Restrepo David

Corrección: Juana Manuela Montoya

Compilación de textos: Nicolás Naranjo Boza

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Fotografías internas: archivos personales de herederos

Imagen de carátula: Miniatura árabe medieval (detalle)

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del

28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158 emitida el 13 de febrero de 2018

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia

**Diseño epub:**

Hipertexto - Netizen Digital Solutions

La BIBLIOTECA JORGE ALBERTO NARANJO M. recoge la obra escrita, publicada o inédita, de quien fuera el profesor, el amigo, el hombre que marcó a varias generaciones con su fuerza y su palabra intensa y profunda; un ser humano que era como un dínamo de pasión por la vida, por el conocimiento, por el amor. Un maestro riguroso que no se permitía ni apoyaba la mediocridad o la mentira. Rendimos homenaje con esta Biblioteca a Jorge Alberto, a su risa contagiosa, a su talante y rectitud, a su mirada inolvidable, a su escritura deslumbrante, a su legado y testimonio de una vida cumplida a cabalidad.

*Claudia Ivonne Giraldo*

# CONTENIDO

## Prólogo

*Nicolás Naranjo Boza*

## Nota editorial

### PRIMERA PARTE

#### *Educación, escritura y lectura*

El silencio del sabio. En recuerdo del Peludo Mejía

[Enseñar la alegría inmanente del trabajo]

¿Pares o nones? Consideraciones acerca de los  
“Lineamientos sobre programas curriculares” de la  
Vicerrectoría Académica de la Universidad Nacional

Escribir en Medellín (Ensayo sobre la manera de mirar  
la ciudad)

Creatividad y alegría

La lectura abierta

El niño y las ciencias naturales

Modernidad, postmodernidad y educación: un debate  
actual

La patria que se construye  
La escuela y la universidad  
Escuela y sociedad  
Grupo Galileo: experiencia innovadora  
Terrorismo versus pacifismo  
El uso del tiempo  
El arte de enseñar

## SEGUNDA PARTE

### *Entrevistas*

Los diez mil rostros de un señor barbudo

*Reinaldo Spitaletta*

Un hombre que fluye

*Ana Graciela Gil M.*

Jorge Alberto Naranjo

*Ana María Cano*

Jorge Alberto Naranjo

*T&R*

Vida en sonata

*Andrés Vergara*

A propósito de la poética

*Marta Cecilia Benítez Trujillo y Óscar Ignacio Giraldo Roldán*

Más de tres décadas de enseñanzas sobre lo natural y lo humano

*Luz Enit Arias Restrepo*

El oficio de existir (Fragmentos de una vida)

Mi única manía es leer

*John Saldarriaga*

Siguiendo la huella Jorge Alberto Naranjo Mesa

*Ana María Cano*

Con un oído oye a Newton y con el otro a Carrasquilla

*John Saldarriaga*

La pasión de pensar

*Óscar Jairo González*

Notas al pie

# PRÓLOGO

*Nicolás Naranjo Boza*

Para el ingeniero hidráulico y el escritor Jorge Alberto Naranjo Mesa (1949-2019) la mayor fuente de alegría en el mundo y en la vida eran sus propias obras, y hechas a tiempo. Se trata de “la elocuencia de los actos” como decía y luego dejaba un silencio donde se captaba el fuego vital y donde lo más adecuado era llenarlo poniéndose a trabajar... Enfrentaba la tristeza mediante la creación, la cual requiere de hondo estudio, de contemplar, de adentrarse en los asuntos, de fortalecerse, de pasar por encima de sí, de superar problemas y de gozar haciéndolo, de “paladear” sin temerles a los retos. Obtenía alegría de ayudarles a otros quitándoles impedimentos para acceder a universos de alegría, al deleite con el saber. Lo definiremos con la expresión que acudía con frecuencia a sus labios: era “un hombre de conocimiento”. Una persona así constituida nos hace trabajar muy duro para alcanzar lo que deseamos: dominar conocimientos, jugar con lo que sabemos, cambiar lo que no nos gusta, confrontarnos, encauzar flujos vitales para irrigar regiones áridas en muchos órdenes, darnos salud en la vida, avanzar en este camino de la existencia, gozar genuinamente... en fin, entrar al reino de Afrodita. Nunca sin esfuerzo, pues sostenía, por ejemplo, que todo ser deseoso de aprender algo debe pasar por ciertos puntos y nadie puede suplantarle en eso (el maestro está es para

evitarle perder tiempo, pero el trabajo real debe hacerlo quien aprende). Por ende, sus textos debían dejar tareas a realizar por el estudiante. A propósito, como ejemplo de tareas sugeridas, véase la conferencia sobre Leibniz y el pliegue,\* una de las últimas que ofreció.

Tenía cómo modificar el curso de las cosas a través del saber. Es otra prueba de que aquí, en nuestro medio -al cual amaba y padecía también, al cual estudiaba como historiador y analista- se pueden lograr cosas realmente grandes. Son claros en sus textos su amor y su preocupación por Medellín y por la patria. En cuanto a la capital antioqueña, en ella encontró su lugar para vivir y por ella veló (decía haber nacido en Bogotá “por accidente”). La estudió desde que era un niño y podía recrearse en diversos espacios vitales, arquitectónicos o no, que la constituyeron. Tenía buen conocimiento de muchos sectores y barrios que la conforman. O era palpable su inquietud por los desposeídos y quienes no tienen recursos. ¡Cómo le dolían aspectos de la ciudad y los rumbos extraviados que tomaba a veces! ¡Cómo trató de poner al servicio de otros su saber para que las acciones referentes al Valle de Aburrá fueran las más acertadas!

Era a la vez un maestro, en medio de la academia y como un pilar de la misma sabía cuestionarla y al mismo tiempo proponer otros modos de desarrollar la vida académica; pero no era solo un académico, sino un creador por encima de miras cortas que alcanza muchas veces la universidad. Paciente, pasaba horas dando explicaciones a quienes iban a su hogar para comprender un tema. Hizo parte de asociaciones profesoras (el texto “Pares o nones” es buena muestra de ello). Porque defendía la educación pública, entendía la constante necesidad de llamar la atención a quienes administran dicha educación acerca de los problemas que iban surgiendo o de los enquistamientos en que se puede estancar dicha

educación cuando es mal llevada. Muchos administradores no acaban de comprender que ellos están al servicio de la educación, no al contrario. Visitaba centros educativos formales y no formales donde exponer sus conocimientos de ciencia, de literatura y de filosofía. Le dolía el estado de la educación y quería un mejor país. E hizo algo al respecto. No solo fue maestro, participó en diversos comités y asambleas estudiantiles a lo largo de décadas. Dice su esposa, Marina Barrera: “Hasta antes de jubilarse estuvo pendiente de las necesidades de los estudiantes. Esa fue su lucha toda la vida”.

Hay que decirlo también: tuvo enemigos y algunos de ellos ni siquiera supieron llevar la pelea ideológica con la altura necesaria, sino que recurrieron a la amenaza velada, a la bajeza, al mensaje encubierto para hacer que dejara de poner en práctica su certeza de que la educación es la que nos sacará de los pozos donde hemos caído a pesar de que la violencia parezca ser más fuerte. Pensar, ocuparse de las cosas, enfrentar los demonios -los internos y los externos- con arte, amor y ciencia, ese era su credo. Ni los arbitrarios pudieron frenar su caudal de conocimientos, y se llevó la palma peleando contra los dogmáticos y retrógrados, contra los que no quieren la vida plena para abrirle caminos a ella, la única que vale la pena... Se le identificó como un revolucionario de Los sesenta y los setenta. Pues lo fue, pero no por lo que se cree. Los sesenta y los setenta implicaron unas revoluciones a niveles que hacen sentir que aún están por pasar los años sesenta y setenta. De quien hablamos lo sabía y buscaba abrir nuevos caminos. Hasta se le rechazó por ser barbado. Eso dado que no se comprendía que el hombre barbado no siempre es “un dejado” -la barba del sabio indica que no vale la pena ser excesivamente riguroso en la apariencia personal-. Para quien se ocupa de conocer muchos mundos y de compartirlos hay cosas mucho más relevantes que

“aparentar transparencia” con rostros pulidos y corbatas: no dispone de tiempo para acicalarse más allá de lo necesario. Y un rostro barbado puede ser tan bello como un rostro desprovisto de barba... ¿O será que habría que excluir, digamos, a todos los barbados de *La última cena* de Leonardo de nuestras prácticas sociales?

La muerte es implacable. Nos arrebató la persona y, si era especial en muchos sentidos, más se ven la potencia, la fuerza, la contundencia de la Parca y lo irreparable de la partida. Aquel de quien se ocupa este libro fue un artista, fue un pensador con una filosofía muy propia, un matemático y un físico que consideraba, como Leonardo da Vinci (a quien estudió y quiso muchísimo durante décadas), que “la mecánica es el paraíso de las matemáticas” -porque les da una aplicación, un cauce por donde fluir y concentrarse y volverse obra-, un sociólogo cabal, un escritor de novelas, un poeta y un ensayista finísimo, un padre, un amigo, un profesor universitario notable, un crítico y a la vez un constructor de nación. Pero si la gran segadora es ley inexorable hemos de acatarla. Por lo menos con sus obras quien reunía tanto en una sola persona no se va del todo pues deja escritos, poemas, ensayos, libros, estudios, compilaciones, máquinas, laboratorios, sistemas de análisis, métodos de enseñanza, canales y otras obras de hidráulica. Fueron muchos los alumnos que recibieron conocimiento de él, o familiares y amigos o compañeros de trabajo que quedaron agradecidos porque les abrió muchas puertas al saber o por la gloria del sencillo compartir la vida diaria y sobrellevar juntos lo que ella implica. Como padre veló por sus hijos lo que pudo -y sus alcances fueron muchos pues sus descendientes se sienten agradecidos por su apoyo-. A cada hijo le permitió buscar su propia vida y le apoyó donde pudo. El sentir general es que fue una dicha en esta tierra compartir con él. ¡Se bendicen la risa y la sonrisa de los cómplices en la vida!

De suerte que ahora sigue el camino de acompañar la obra que hizo, de no dejarla en el olvido, divulgarla, presentarla a la sociedad para que haya una apropiación de la misma sobre todo por parte de nuevas generaciones. Quienes siguen deben hacer el proceso de conocerla, sopesar, evaluar, seleccionar lo que conviene, diseccionar para entender, analizar, estudiar para no ser injustos con ella desde el desconocimiento, etc. para que se dé el proceso de acogerla. Inclusive aprender a leer la ciencia y el arte que hay en ella. Por fortuna ya muchas creaciones han pasado la prueba de generaciones de estudiantes y de lectores. Su trabajo de divulgación fue arduo y perseverante y rindió frutos: llegó a dar dos conferencias en un día, después de una jornada de clase propia de un docente universitario, o conferencias cada día de una semana. Ahora los escritos hay que dejarlos reunidos, y con estudio se podrá comprobar si lo que hizo fue de utilidad o no. Él mismo sabía y lo dijo de muchas maneras: es el tiempo el que prueba las obras, gracias a él se ve si valen la pena.

### *PARA UBICAR A QUIEN NO LE CONOCIÓ*

Mencionaremos algo sobre sus orígenes. Por el tronco paterno, Naranjo Villegas, venía de educadores: hay registros de que, en épocas de Gregorio Gutiérrez González, por los sesenta del siglo XIX, un hermano de su bisabuelo era maestro en Argelia (cerca a Sonsón). El obispo Manuel Canuto Restrepo, el autor del *Viaje a Jerusalén*, se contaba entre sus ancestros y su abuelo Marcial fue educador en Abejorral. Sus tíos paternos fueron sacerdotes, abogados, políticos, pensadores. Tuvo tías cultas, encargadas de hogares numerosos, monja de la Presentación y educadora una de ellas.

Como su abuelo era hermano del sacerdote Abel María Naranjo, el latín fue cultivado en la familia, así como el francés, el cual manejaba Jorge Alberto desde el colegio. Uno de sus tíos, Rafael, fue librero y político, secretario de la Alcaldía de Bogotá de Fernando Mazuera y secretario de la presidencia de Misael Pastrana Borrero. Otro, Abel, fue diplomático en Chile, decano de Derecho en la Universidad Nacional de Colombia, miembro de la Academia de la Lengua, abogado de la Corte Suprema de Justicia, rector de la Universidad Nacional de Colombia, Ministro de educación y dueño de una emisora. Otro, Javier, fue obispo de Santa Marta. Otro, el sacerdote Juan Bautista, fue un latinista consumado al que la Curia empleaba para traducir los documentos que iban a Roma o venían de Roma. Otro, Jesús, fue un historiador y abogado encargado de asesorar grandes petroleras del país. Su padre, Alfredo, fue cardiólogo, colaborador durante décadas de *El Colombiano*, miembro de la Academia de Historia de Antioquia, de la Academia de Historia Eclesiástica de Antioquia, de la Academia de Medicina de Antioquia y de la Academia de la Historia de la Medicina de Antioquia.

Las bibliotecas de los integrantes de esta familia eran nutridas. Por ejemplo, su tío Abel llegó a tener treinta mil libros en casa (“bajita la mano”, como se dice) y había libros en varios idiomas -francés, alemán, inglés, italiano, portugués, griego, latín y, por supuesto, castellano-. Su tío Rafael tuvo otra biblioteca maravillosa. Tenía una librería llamada Siglo XX, la cual funcionó en Bogotá poco menos de tres décadas y, durante un tiempo, también tuvo sucursal en Medellín, dirigida por Abel. Su tío Jesús traducía del latín, del inglés, del francés y del italiano, era escritor notable además de ser un lector de una apertura intelectual considerable. Al referirse a sus tíos decía: “¡Eran humanistas del carajo!”. Quien escribe conoció pormenorizadamente la biblioteca de Monseñor (Javier) y

había tesoros, sobre todo en lo relacionado con obras sacras del catolicismo. Las mujeres de ese tronco de la familia fueron ávidas lectoras e inteligentes, educadoras varias de ellas o escritoras. Su abuela paterna, Soledad Villegas, escribió la obra teatral *La Pola* -sobre Policarpa Salavarrieta- a los quince años. En esta familia había melómanos y algunos interpretaban música, en especial su tía Lucía -quien fue pianista antes de entregarse a la vida conventual-. Con su tío Jesús gozó oyendo cuidadosamente centenares de obras clásicas.

Su abuelo Marcial falleció en 1927, y su joven viuda se encargó de levantar once hijos. Dada la situación, los mayores se salieron de estudiar para trabajar y así permitir que los menores pudieran continuar sus estudios básicos. Con ello dieron ejemplo de colaboración y convivencia; ejemplo del cual aprendió la persona a la que nos referimos.

Y por el lado de su madre, Alicia Mesa Jaramillo, su abuelo era un odontólogo en la Medellín de los primeros años del siglo xx. Su abuela materna vino a Antioquia de Popayán. Ella tenía parientes italianos, los Nannetti, entre quienes se contaba Cleonice Nannetti, escritora conocida en Colombia con el pseudónimo de Ecco Nelly y quien llegó a ser famosa por su cuento sobre los niños de la calle intitulado "Garoso". Entre sus antepasados hubo alcabaleros del rey, como contaba su madre. Sus tíos por el lado materno eran, entre otras cosas, comerciantes, empresarios, pilotos, ornitólogos y -lo cual resultaría de gran importancia en su vida- mecánicos, como sus tíos Carlos, Juan Fernando y Francisco. Sabían francés e italiano y algunos aprendieron buen inglés. Entre ellos había melómanos. Una de sus tías, Nury Mesa de Estrada, compuso música popular grabada en Discos Fuentes. En su juventud su madre y otra tía Mesa Jaramillo, llamada Beatriz, -junto con otra amiga- tenían un trío de

interpretación con guitarra, tiple, requinto, mandolina y juegos de voces. O su tía Niche y su tío Agustín lo invitaron a sesiones de música clásica los sábados en la tarde durante buena parte de su infancia. La música que le llegó por vía materna fue una influencia determinante para él, como lo revelan entrevistas y como lo decía él mismo. El entorno de los Mesa Jaramillo no era tan intelectual como el de los Naranjo Villegas y por eso mismo sirvió de contrapeso al mundo de los libros y la escritura, tan acendrado en el tronco paterno. Fue otro aliciente más para la vida. Así tuvo cultura de amor a los libros y la escritura, por un lado, y ciencia, por el otro, con música llegándole por dos vías...

Las ramas familiares fueron bastante religiosas y se conocían entre sí, se brindaron apoyo mutuo y dos hermanas Mesa Jaramillo se casaron con dos hermanos Naranjo Villegas (una de esas parejas era la de Alfredo y Alicia, precisamente los padres de quien nos interesa). Valores cristianos en ambos ramos de su familia y los “de mera humanidad” los aprendió en contacto con sus tíos y las respectivas familias que muchos de ellos formaron. Por sus tíos y sus padres conocía bien la historia de la iglesia y su credo.

Su infancia estuvo rodeada de cuidados y de un entorno familiar cálido con -como decía- “la parentela”, y esto le permitió ser observador, contemplar la vida y su despliegue y leer mucho (realmente mucho) cuando era niño y cuando era joven. A la vez pudo hacer paseos, conocer formas de recreo, visitar diversas casas y entornos, asistir a conciertos, obras de teatro, etc. De lo que debe a cada rama de su familia dejó páginas bellísimas o se trasluce en textos incluidos en este libro.

La lectura de buenas obras signó su infancia: por ejemplo, obras de Andersen, los hermanos Grimm, Hoffman (pero no una selección de los mismos, sino la colección

completa de ellos que se encontraba publicada por la Editorial Labor, española), las *Mil y una noches*, o antologías del cuento universal. Así mismo recibió los cuentos de la tradición antioqueña o andina, narrados por sus padres y sus tíos. Esos mundos dieron a su personalidad herramientas para desenvolverse en la vida. Un entorno amable y culto para un joven despierto, inteligente produce cosas sanas y vigorosas. Supo de la tradición oral gracias a sus tíos, tías y ambientes campestres y citadinos en los que estuvo. Se le leyó en voz alta. Y guardaba lo captado con una memoria prodigiosa.

En su hogar hubo viajes por todo Colombia, la Guajira, la costa atlántica, Boyacá, los Llanos, el Valle (vienen a la mente sus inolvidables paseos al Cesar, donde la familia de los Daza). O pudo viajar a Europa muy joven. Allí visitó museos como el Louvre o el Jeu du Pomme en París, en donde vio los impresionistas y obras de Van Gogh. O en Barcelona -con su tío Rafael, cónsul de Colombia en ese entonces- y en Madrid, vio obras de Goya y Velásquez. O estuvo en Andorra donde pudo ver cómo se conservaban costumbres y edificaciones de los siglos XVII y XVIII.

El contacto con las artes, diversas lecturas detenidas y sopesadas, asistir a un buen colegio, hacer deporte, el hecho de poderse educar sin tener que trabajar (hasta que suspendió estudios universitarios) fueron ventajas para la creación, el trabajo constante, la dedicación a la ciencia, a la filosofía, al estudio de la historia y la escritura que tanto amó, así como la educación de su familia y la consecución de su vivienda y su alimentación. La Facultad de Minas y los años universitarios fueron una escuela para él mucho más allá de la formación profesional. Adquirió allí un modo de vida, un modo de obrar, una manera de acercarse a asuntos vitales. Dejó testimonio claro de ello en *La estrella de cinco picos*. Es un pesar que no pudiera escribir la tercera parte de la obra como deseaba, pero en lo que sí

escribió ya nos dejó una prueba de cuál fue la magia que supieron despertar sus maestros y eso no se borra nunca.

Y aunque todo esto le dio, como decía él mismo, “reservas espirituales”, vitalidad y cultura para enriquecer su vida entera -las raíces fueron de buenos árboles-, este Naranjo encontró maneras de transformar el árbol mismo... Fue ahí donde estuvo su lucha vital: contra la superstición, contra la religiosidad castrante, contra la injusticia, contra las filosofías que se yerguen a ultranza como verdades absolutas o con pisos metafísicos que descuidan la Naturaleza. Contrapuso a todo ello la creatividad, un saber silencioso pero eficaz, discreto pero transformador. Y lo compartió con otros. Cuando veía la ignorancia expuesta en las noticias, o en exposiciones culturales o en el medio académico decía: “¡Qué pesar!”. Y si no había nada que hacer, pues pasaba de largo como había aprendido en Nietzsche.

Y dado todo lo que se afirma dirá el lector: “¿Pero era humano?”. ¡Pues claro! Eso hace más grandiosos sus logros. Una vez por el año 1993, cuando todos los asistentes a su curso “El Relato en Antioquia” le expresaban su admiración por lo que estaba haciendo de recuperar de esa manera la historia del departamento, valorando tantas obras literarias olvidadas, decía en la intimidad: “¡Pero si yo soy un ídolo de barro!”. Y lo decía con lágrimas en los ojos. Le dolía eso de que le encumbraran, pero sí quería compartir el conocimiento y eso fue lo que mejor hizo. Además, quería traer la limpieza interior, una ecología de las almas como aquella de la que habla Guattari. Y dio en ese sentido golpes claros, contundentes en el flujo de la vida. ¡Cuántos de ellos supo dar! Por eso lo queremos tanto...

Era un ser callado, como se definió a sí mismo. “Desde los siete años aprendí que estaba completamente solo”, dijo. Había aprendido que solo ciertas cosas se enuncian.

Una de sus características era la brevedad de sus expresiones para transparentar emociones. Había que oírlo o verlo en presencia para saber qué significaba un sencillo “¡Ahhhh!” en sus labios, el cual se deslizaba con la misma frescura de la sensación que corría por dentro dejándolo pleno y mostrándole otra vez cómo la vida le había dado un regalo, una fuente de alegría. O el humor era una salida suya maravillosa (“La risa nos salva”, aprendió de Thomas Mann, como lo mostró en una conferencia contundente por allá a comienzos de los ochenta). Respondía tras un encuentro con él, después de largo tiempo de no verlo, que había estado “conversando con mis muertos” (se refería a sus tíos ya fallecidos o seres cuyas obras desglosaba y a las que se acercaba con intensidad hasta captarlas: creaciones de Pascal, Galileo, Newton, Arquímedes, Bohr, Einstein, Schrödinger, Panofsky, G. I. Taylor, Li-Lam, Stokes, Lifshitz-Landau, Homero, Cervantes, Shakespeare, San Juan de la Cruz, Kafka, Góngora, Carrasquilla y muchos otros. La muerte de Deleuze fue para él un duro golpe: fruto de eso fueron las conferencias que dictó ya al final de sus días para conmemorar veinte años de la partida del filósofo).

Para su obra se preparaba. Su búsqueda de un método era fundamental en su quehacer. Buscó cómo no engañar en el saber. Y eso implica mucho, es una lucha ardua y exige volver a pasar por gran parte del conocimiento humano ya acumulado. Pero si se arroja uno en el mar del saber puede surgir en la superficie con tesoros y él lo logró. Para dar un ejemplo: cuando planteábamos cuál iba a ser el camino profesional de quien escribe, le dijo: “Prepárate para estudiar filosofía y literatura. ¿Te has leído ya las obras completas de Homero, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Shakespeare, Goethe, Cervantes, Dante? Ponte a hacerlo”. En relación con la filosofía, dijo: “¿Te has leído la obra completa de algún filósofo?”. Y este servidor no había hecho algo así, esperaba de la academia a donde iba

a estudiar precisamente que proporcionara eso. Pero Jorge Alberto Naranjo Mesa, en su caso, se había adelantado (y no solo para la carrera que finalmente tomó, sino para muchas), había aprovechado el tiempo como la hormiguita de la fábula preparándose para el invierno. En su caso había empezado desde que era un niño esa búsqueda y cuando llegó a la carrera ya tenía mucho camino andado. En el Colegio San José la enseñanza en ciencias era muy buena: había contacto con los laboratorios y maestros. No había pereza para saber sacar de un laboratorio la alegría que puede proporcionar el experimentar y el descubrir. Y su aprecio por la literatura antioqueña también empezó allí porque se la enseñaban a apreciar leyéndola en las revistas originales directamente. Narraba que una vez unos compañeros de colegio, en una reunión de exalumnos, se quejaron de “las güevonadas” que les habían enseñado. Y él salió en defensa de la enseñanza brindada por los hermanos cristianos, contando cómo él, a partir de lo aprendido en el colegio, sacó adelante doctorados de sus alumnos en la Facultad de Minas (téngase presente que no se graduó de su carrera). O sea que el asunto que se evidenció era el de prestar atención y dedicarse con tesón a aprender. Por eso consiguió dos grados *honoris causa* (en Sociología y en Ingeniería). Las impresiones fáciles o las habladurías sociales muchas veces condenan lo que no debe condenarse simplemente porque a algunos miembros de la sociedad se les antoja que las cosas son muy difíciles y todo les parece muy complicado. Y “riegan la bola” de que la educación brindada no sirve para nada, despreciando el arduo trabajo de un verdadero educador. Y se “innova” con presupuestos bastante desajustados de la realidad que dan la impresión de ser “más fáciles”, cuando lo que hay que hacer es lo que todas las civilizaciones adelantadas han hecho: estudiar a fondo, vérselas con el problema. Y así seguimos dizque haciendo mejorías en educación cuando retrocedemos. No llevamos a los

alumnos al conocer verdadero, sino que les “damos gato por liebre” haciendo creer que con “nuevas” metodologías les vamos a suplir las ganas de aprender. El llamado de este educador era a conocer, a no darse por vencido, a gozar y tomar de los libros, a saber. Había que verlo, por ejemplo, viendo Discovery Channel, cuestionando las propuestas de astrofísicos, al mirar con preocupación y decir: “¡Están locos!”.

En la entrevista donde habla de cómo van a cambiar los libros físicos por libros electrónicos, el supuesto de la ventaja que veía en ello es que la gente sepa leer bien para usar esas tecnologías. Eso no se logra si no hay una preparación previa inmensa y ardua con textos clásicos. Lo expresó claramente: “Ojalá ya esté muerto para cuando los libros se acaben”. Porque había construido su vida en torno a esas “cajitas mágicas”. Citaba a don Tomás Carrasquilla quien decía, en su “Autobiografía”, que el que concebía la vida sin amigos y hasta sin amor no la concebía sin libros y que cuando muriera estaría leyendo *El libro de los muertos*. Para la muestra un botón. Para entender la importancia de los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós, los cuales leyó Carrasquilla en su integridad, los leyó todos él también. Son en total unas seis mil páginas donde queda bien expuesta la historia de España en el siglo XIX por la pluma maestra de don Benito, uno de los grandes de España. Esos eran sus proyectos.

Es de seres así, sensibles, inteligentes, despiertos, en la medida de las capacidades propias (y “sin cortar a todos con el mismo rasero”, pues hay diferencias que no se pueden saltar) de donde va a surgir una cultura realmente poderosa. Lo sabía. Decía que, como estaban las cosas, la brecha entre los que se educaban y los que no se iba a ir abriendo cada vez más y no había remedio. Y le daba mucho pesar. Por eso decidió hacer algo al respecto: enseñar, buscarse nuevas formas de hacer el contacto entre

los seres y el conocimiento. Y claro, a muchos “docentes” eso no les gusta porque creen que es asunto de aplicar una fórmula y listo. Exige, a primera vista, demasiado esfuerzo para un resultado incierto, según ellos. Es porque no han tratado de transformar a un alumno. No se toman el trabajo de descubrir de dónde vienen los estudiantes y “de dónde vienen” no es su ascendencia, o si su padre es influyente, sino qué preparación tienen, qué tan capacitados están para recibir lo que se les va a entregar. Si no lo están hay que construir los puentes para conectar las orillas distantes, la de la preparación y la del conocimiento que llega. El maestro debe facilitarlos.

En su educación usó el tiempo ganado en adquirir otras destrezas y otros saberes, o un darse cuenta de lo que sabía estaba incompleto y debía completarlo para educar. En algunos casos, percatarse de que debía llenar vacíos propios de sus mismos maestros. Y eso no les gusta nada a los profesores porque no saben qué hacer con alguien así. El buen profesor es quien entiende que un alumno aventajado -por las razones que sea- necesita otra suerte de atención, una nueva aproximación que no sea la que tienen el resto de los estudiantes. Debe saber cómo orientar al ser excepcional. Así como debe saber cómo encargarse del ser que no tiene ni la más mínima preparación o el que tiene en promedio lo justo para aprender.

Por ello propuso grupos de estudio, centros de enseñanza móviles, que no tuvieran que seguir los patrones establecidos pero que colaboraran a hacer los centros existentes más poderosos. Hasta pensaba en universidades alternas a las que ya había. Por ejemplo, cuando con Estanislao Zuleta, Luis Antonio Restrepo y Álvaro Tirado Mejía y muchos otros leyeron, entre otras obras cumbre, *El capital* de Marx lo leyeron con cuidado, hicieron un estudio riguroso del texto, pausado y contextualizado en la época

en que Marx escribió. Leían obras de economía política y de historia analizada por Marx. Hasta los grupos de izquierda que decidieron tomar las armas -defendiendo aspectos de lo que sostenía Marx e ideas que se desligan de ahí- se las veían a gatas para sostener una lucha armada dizque defendiendo lo que estos intelectuales comprendían mejor que ellos, pues los alzados en armas hacían una lectura sesgada del libro. Este educador sabía bastante bien que es el conocimiento el que hace los cambios reales. No había que acudir a la guerra en un país donde ella es el pan de cada día. Y precisamente por el desorden imperante, por ese descuido en los aspectos educativos de Colombia, sobresalió como profesor. Se volvió lo que las culturas llaman “gran hombre” y es preciso estudiarlo. De sus aproximaciones a la cultura y a la vida se puede aprender cómo enfrentar nuevos retos, cómo dar con claves necesarias para desbloquear flujos estancados...

Supo desde pequeño que iba adelante. Véase por ejemplo en *La estrella de cinco picos* al niño Tomás Ambrosio enfrentado a la situación de los mapas. Allí queda un ejemplo de cómo tomó consciencia del su deber social cuando contaba con pocos años de edad. Por saber mucho tenía que saber cómo llegarles a otros y sacarlos de la oscuridad. No por razones de mesianismo, sino porque eso trae una mejor sociedad, una convivencia más sabia, una existencia más plena.

Su distancia de lo explícitamente político se debe a que se centró en cosas más importantes. El siguiente artículo de prensa es prueba de una manera de pensar, fuera de que muestra gran valor y una posición donde la vida está por encima de los intereses de los Estados o donde se es propositivo ante las hecatombes causadas por los humanos. Fue publicado a raíz de la guerra en el golfo Pérsico cuando los Estados Unidos lideraron a otras naciones para atacar a Irak por su invasión de Kuwait, buscando el

control sobre un territorio que sigue siendo clave para las fuentes energéticas de la humanidad. En su momento fue publicado en diversos medios. La versión presentada fue tomada de un artículo de prensa llamado “Contra la guerra” de Augusto Osorno Gil, en la columna “Cultura de la paz”, en el periódico *El Colombiano* del 3 de febrero de 1990. Osorno empezó su artículo así: “El profesor de la Universidad Nacional, Jorge A. Naranjo, me ha enviado el siguiente escrito, el cual reproduzco”, y a continuación da paso al texto que citamos *in extenso*:

La guerra desatada en el Golfo Pérsico es un crimen de lesa humanidad. Allí no habrá sino perdedores, y la única victoriosa será la muerte. Ambos bandos maltratan derechos humanos elementales, y pisotean los pactos de Ginebra y la filosofía que inspiró la Organización de las Naciones Unidas. Ambos ejércitos van guiados por una sola demencia: y ciegos de odio como se hallan, sordos a la palabra ajena, embelesados en sus manías persecutorias, hace tiempos ya que vieron derruirse la verdad de sus discursos y sus acciones. Ambos mandos van sometidos a un mismo decálogo:

1. Odiarás a tu enemigo sobre todas las cosas.
2. Usarás su maldito nombre en vano.
3. Vilipendiarás sus fiestas.
4. Dishonrarás a su padre y a su madre.
5. Matarás.
6. Violentarás.
7. Hurtarás.
8. Levantarás falsos testimonios y mentirás.
9. Desearás sus mujeres y sus hijos.
10. Codiciarás el daño ajeno.

Y así derrochan la riqueza de las naciones, y asesinan ciudadanos como en cosecha de trofeos, y mienten al mundo sobre el horrendo genocidio.

Creo que todo ser humano se equivoca cuando permite que sus reflexiones o sus conversaciones se orienten a admirar cierta

estrategia o táctica técnica o instrumento bélico, cuando toma partido por cualquiera de los bandos, cuando opina en favor de una u otra postura. Es preciso salir al paso de los belicosos.

Nosotros, ciudadanos del planeta Tierra, estamos obligados a terminar con esa guerra. Se necesita una victoria estruendosa del pacifismo sobre la belicosidad, en cada uno de nosotros, en cada morada, en cada barrio, en cada ciudad, en cada nación, en todas las naciones de la Tierra. No estaremos solos. El pacifismo reúne la vocación humana de todas las razas y pueblos. Hay oleadas enormes de ciudadanos protestando contra la guerra en todas partes. Que los correveidiles de la guerra no lo mencionen solamente obedece a las estrategias de los agresores. Pero la ola pacifista se hará escuchar cada vez más claro a medida que esos dementes se desangren y al brío siga la convalecencia. Mas no hay que esperar. Cada minuto que tardemos en pronunciarnos y resistirnos contra la guerra del Golfo Pérsico nos hace más y más cómplices de la catástrofe.

Varios colombianos han de desempeñar un papel importante en esa campaña de cese al fuego: el Ministro de Relaciones Exteriores -que no tiene por qué seguir prestando la voz al sentir de unos intereses inhumanos ni tiene por qué volverse testafarro de esta barbarie-, el director mundial de la Cruz Roja -a quien exigimos una vigilancia sin sesgo ni cálculo político sobre la vida de los seres humanos agredidos por la guerra-, el exministro Londoño Paredes de la OEA. Nuestro deber como seres humanos es hacerles sentir que apoyaremos cada gestión que emprendan a favor de una paz sin condiciones, es hacerles saber que no estaremos conformes con actos que se promuevan o avalen en pro de sostener esta sórdida masacre de la humanidad entera. ¿Pero qué hacer, cómo hacerlo? Ante todo, parece urgente inundar las oficinas del Ministerio de Relaciones Exteriores de cartas, telegramas y llamadas telefónicas expresando nuestro rechazo a la guerra y a su aval por Colombia. Luego, se precisa enviar a los medios de comunicación copias de esas manifestaciones de rechazo. La organización de manifestaciones pacíficas, la difusión de posiciones políticas pacifistas, es una tarea que bien podría emprenderse. La

correspondencia con organizaciones humanitarias en todo el mundo (Cruz Roja, Amnistía Internacional, y hasta las Naciones Unidas), con la prensa internacional, no solo es deseable sino necesaria. Sin duda, es posible hacerse oír. Hay que hacer la guerra a la guerra. Ahora o nunca, ciudadanos, pues en eso nos va la propia vida y la de nuestros hermanos hombres y plantas y animales.

Es prueba de su conciencia planetaria. Su fe en lo que podemos lograr si trabajamos juntos era inmensa. Los planteamientos se aplican a muchas otras guerras, hasta a las futuras.

Manejó durante mucho tiempo varios lenguajes. Uno de sus excompañeros del colegio, Humberto Botero Restrepo, expresó que desde pequeño ya sobresalía en las ciencias, en la literatura y en la música. Su escritura es especial pues sus textos estaban animados por algunas de las creaciones de los mejores compositores de la historia de la música. Para acercarse a su legado es preciso recordar que, cuando se le otorgó la condecoración Orden Mariscal Robledo por ser un intelectual notable en Antioquia, en sus palabras de agradecimiento dijo: “Toda mi escritura han sido variaciones en torno a la obra de Juan Sebastián Bach”. Mucha atención prestó al tema de la música escritural. Desglosó cómo la captaba en la escritura de los grandes prosistas y poetas de varios países (tenía conocimiento del francés y del inglés como buen ingeniero de la Facultad de Minas pero iba hasta los autores literarios en dichas lenguas) o cómo podía captar aspectos de la misma en escritores cuyas lenguas no dominaba. Hay textos suyos o conferencias donde se ocupó de algunos de los mejores escritores que ha tenido el mundo: San Juan de la Cruz, Cervantes, Dickens, los bardos védicos, Juan Rulfo, Shakespeare, Homero, Goethe, las hermanas Brontë, José Carlos Mariátegui, Luis de Góngora, García Márquez, Dante Alighieri, César Vallejo, Sor Juana Inés de la Cruz, Octavio Paz, Alfonso Reyes, Marcel Proust, Jorge Luis

Borges, Samuel Becket, Tomás Carrasquilla, Kafka, Efe Gómez y muchísimos más. Deleuze y Foucault tienen unas de las prosas más hermosas que hay. Antonin Artaud puede cuestionar hondamente todo el entramado de la escritura y llevarte hasta otras fuentes de la escritura que no son las usuales. Kafka fue para él una escuela completa de cómo sobrellevar problemas en la existencia por medio de la escritura. Estudió escritores antioqueños del siglo XIX y comienzos del XX -antes de que la palabra escrita realmente perdiera fuerza con nuestra industrialización, me refiero a autores como Camilo Botero Guerra, Saturnino Restrepo, Manuel Uribe Ángel, Juan José Molina, Agripina Montes del Valle, Manuel Antolínez, Gaspar Chaverra, Samuel Velásquez, Julio Vives Guerra, Abel Farina, Carlos E. Restrepo, Francisco de Paula Rendón, Eduardo Zuleta, Gabriel Latorre, etc.-. Sobre cada uno de ellos escribió trabajos. Y tenía esa finura de captar, como el músico, la música que se hace en las palabras, sea en prosa o en verso. Ese saber distinguir las armonías y la melodía en diversas formas, y llevarlo a las maneras de componer la escritura, es dar un paso de la composición instrumental para llevarla al plano del papel. No es nada fácil si el oído no está entrenado para ello, pero hizo un trabajo muy arduo de sensibilizarnos ante semejante tesoro. Precisamente por las ventajas que trae, porque permite elaborar las ideas y hacerlas eficaces cuando son expuestas ante otros por medio de lo plasmado en palabras. Y ahí está condensado nuestro pasado, en esas voces es donde podemos escuchar la tradición nuestra. Es de nuestras vivencias en nuestro entorno, de esta tierra, de donde vendrá un país realmente fuerte como lo soñaba Bolívar y como lo han soñado muchos otros, sobre todo los hombres de conocimiento que hemos tenido entre nosotros, como Francisco José de Caldas, como José María Villa, como Manuel Uribe Ángel, como Efe Gómez (la lista es larga),

como tantos creadores y científicos que hemos tenido a lo largo de nuestra vida nacional. No quedan muchos registros de él como intérprete de música excepto algunas canciones, pero bastan para ver que sabía del asunto. Aquí incluimos una foto en la cual está tocando la armónica (instrumento en el que sobresalía al igual que en el canto). Quien escribe recuerda verlo hacer variaciones sobre Vivaldi que dejaban boquiabierto a quien escuchara, o recuerda a músicos que le han contado acerca de obras compuestas con su padre.

En cuanto a los lenguajes matemático y físico los veremos en otros tomos de estas obras donde la forma de expresión es la adecuada para el lenguaje de la ciencia (aunque hay fragmentos en prosa en esas obras científicas que son verdadera música en palabras). Igual supo del lenguaje de las emociones, como lo que traslucía con su mirada... O del lenguaje desplegado con los animales: de gran significado fueron sus perritas Clea o Luna o las peceras de sus hogares (con escalares, gupis, peces espada, cuchas y bailarinas). Había que oírlo hablar con ellos. O cómo saludaba a una planta de la casa cuando era la mañana o la veía "achicopalada" o captaba que le faltaba algo. Las acariciaba con ternura (a las lágrimas de bebé y muchas otras). El estudioso de Konrad Lorenz, de Empédocles, de Spinoza, del Max von Frisch (autor del libro *Tú y la vida*) no podía hacer otra cosa. Pero, repetimos, por ahora nos concentraremos en la palabra escrita. Hemos codificado las cosas y ese lenguaje le llega a la mayoría. De ese mundo sí que supo: las lecciones de Artaud, las de Nietzsche, las de Spinoza, las de Lucrecio le mostraron cómo crear nuevos lenguajes, cómo medírselas con enunciar lo no enunciado, lo que requiere una expresión no alcanzada antes. Contaba con guías como Deleuze, Derrida y su amado Kafka, para ello. Su pareja

letra manuscrita y los centenares de cuadernos con sus escritos dan fe de su disciplina y dedicación a este arte.

La manera de dar tanto se debió a la intensidad con la cual emprendía sus trabajos. Había que verlo embebecido, alelado, embelesado en algo. El autor de estas líneas recuerda lo siguiente: hace muchos años, en los ochenta, algunas de las cosas que empezaron a llegar a las vidas de los ciudadanos, a los hogares, desde nuestro Bazar de San Alejo o la creatividad de artesanos (algunos les decían *hippies*), eran dos placas de vidrio en cuya mitad se había dejado un vacío, el cual había sido llenado con agua, aceite, arena y colorantes. Luego se sellaba el borde de los dos vidrios para dejar atrapada la combinación de los dos fluidos con los granos de arena y los colorantes. Las combinaciones de los contenidos eran múltiples. Y quien adquiriera este objeto debía moverlo a su antojo, rotarlo, agitarlo, etc., a la velocidad que deseara para observar los movimientos, los quiebres, las fusiones, los choques de cuerpos móviles o las ondas que se iban formando. Era como poder meterse al mar dentro de la ola que se va quebrando contra un arrecife o contra la playa para apreciarla. Detectaba en cámara lenta una suerte de dibujos en movimiento, algo que un físico sin duda disfruta porque no se trata del dibujo estático. A veces la densidad del aceite permitía hacer del movimiento algo lento. Y el observador podía estudiar y estudiar los flujos y reflujos, los vaivenes de los cuerpos de arena llevados o contrariados por ondas y por otros conglomerados de arena. En casa no había uno solo de esos aparatos o juegos (o ambos a la vez). Los había de diversos tamaños, de diversas densidades de los aceites y de diversos colorantes. Pues mi padre podía pasarse un domingo mirando, mirando, jugando, contemplando y a veces lanzaba un: “¡Ahh!” de asombro, de euforia, de alegría. Me acuerdo de Moni (Mónica Villa, su segunda esposa) llamándolo a comer